

Algunas Cosas Bonitas de la Vida

Marisela Hernández* y María Elisa Hernández**

Resumen

Se ofrece una aproximación a algunas formas y significados de la belleza cotidiana, a partir de la interpretación de diversos textos: libros, periódicos, entrevistas, conversaciones casuales, fotografías, lugares. Específicamente, las formas que aquí se presentan son: las bonitas acciones, la moda, y la mano de Dios concretada en santos y difuntos. Las formas bonitas lo son en tanto se materializan y en cuanto movilizan y son movilizadas por afectos de toda índole; de allí que sean los sentidos y el sentir, la conciencia emocionada y el lenguaje de la vida, quienes dan cuenta de ellas.

Palabras claves: belleza cotidiana, psicología social estética.

* Psicólogo Social. Profesora del Departamento de Ciencia y Tecnología del Comportamiento. Universidad Simón Bolívar. Caracas, Venezuela. mhernand@usb.ve

** Psicólogo Social. Estudiante de la Maestría en Psicología. Universidad Simón Bolívar. Caracas, Venezuela. mhernanzol@hotmail.com

Abstract

SOME OF THE FINEST THINGS IN LIFE

It is offered an approach to some forms and meanings of everyday beauty, based on the interpretation of different texts: books, newspapers, interviews, casual conversations, photos, and places. More specifically, the forms presented here are: nice actions, fashion, and the hand of God embodied in saints and the dead. Beautiful forms are such as long as they are materialized and as they move and are moved by affections of all kind; that is why senses and feeling, the emotional consciousness and the language of life give their account.

Key words: everyday beauty, aesthetical social psychology

Las páginas que siguen forman parte de un estudio más extenso cuya intención es la comprensión de formas y significados de la belleza cotidiana, es decir, del sentido de la belleza en el día a día. Desde tal intención y en compañía de la hermenéutica (Gadamer, 1977; Ricoeur, 1992; Garagalza, 1990), se interpretan diferentes textos: objetos, cuerpos y lugares, libros, entrevistas, conversaciones casuales, fotografías y periódicos, entre otros. A continuación nos ocupamos de una de las partes del estudio: aquella que se aproxima a algunas de las formas que se crean con esmero, se contemplan con deleite y se narran con gusto y esfuerzo desde la vida de todos los días y que serían las responsables del lugar común que transita múltiples conversaciones: *esas son las cosas bonitas (bellas) que tiene la vida*. Las que aquí se ofrecen son: las acciones bonitas, la moda y la mano de Dios.

Tales *formas* se caracterizan por su materialidad y su expresividad (Santayana, 1955), pues constituyen figuras perceptibles e imaginables y al mismo tiempo afectantes y afectadas por el sujeto que las vive y vive en ellas. Objetos y sujetos no tienen existencia independiente; se necesitan mutuamente (Zubiri, 1993) y por lo tanto configuran una relación sin jerarquías: no hay objeto sin sujeto sensible, ni sujeto sin objeto sensual.

La forma conlleva un proceso de *determinación*, de adquisición de contornos y contenidos que se mueven constantemente, cambiándole la apariencia. Una forma sería una figura con sentido. Es un *arreglo* hecho de material sensual, que adquiere «suficiente cohesión, contenido e individualidad para ser descriptible y reconocible» (Santayana, 1955:72).

Para hablar de las bellezas cotidianas se acude a lenguajes metafóricos y gestuales, que dan cuenta de situaciones particulares de la vida diaria, con las correspondientes personas, lugares, cosas y sentires que las configuran. La belleza tiene que ver con una inmensa gama de sentimientos en paradójica coexistencia: placer y sufrimiento, certeza y angustia, envidia, compasión y pare usted de contar. Para dejar constancia de tales paradojas, mostramos en las mismas páginas la moda y la muerte, por mencionar algunos extremos que a su vez se tocan pues la moda está siempre destinada a morir (y quizás a renacer) y la muerte no escapa de la moda.

Acciones bonitas (buenitas)

Bellum (bello) es diminutivo de *bonum* (bueno), así que equivaldría a buenito o bonito (Marina y Penas, 1999). Las acciones bonitas son resaltadas por la ética como aquellas que merecen la denominación de *humanas*; a veces esa humanidad se amplía con toques divinos y entonces las acciones pasan de bonitas a bellas por obra y gracia de lo sublime, de lo celestial. Los vínculos entre las acciones bonitas y buenas parecen tener algo que ver con las conexiones lingüísticas y por supuesto de sentido, entre las nociones de *gusto* y *buena actuación* pública, proclive al sentido comunitario. Según Gracián, el *gusto* (y algo similar puede decirse del *tacto*) se refiere a la acción esencialmente humana y humanizante, civilizada, que toma en cuenta al otro y no sólo los intereses individuales; una acción que ocurre entre la sensibilidad y la libertad (en Gadamer, 1977).

La gente dice que hay cosas bonitas, acciones bonitas, gente bonita, momentos y lugares bonitos. Las acciones bonitas son aquellas que se ejecutan consideradamente, atendiendo a lo que le gusta al actor pero también, y en medida importante, al interlocutor, al otro. Se trata de agradarlo, que se sienta cómodo, a gusto. Esas acciones buenas o bonitas (buenitas), van desde las *sublimes* como la amistad, la lealtad o la gratitud, hasta las *mundanas* como los modales en la mesa y en la conversación, o el arreglo de un espacio.

Las acciones bonitas son aprendidas y practicadas con esmero, aunque paradójicamente uno no recuerde con exactitud dónde ni cómo

se adoptaron, pues llegan a vivirse como *naturales*. Sin embargo, muchas de ellas han sido reglamentadas por escrito, convirtiéndose en protocolo o etiqueta. Ante un ojo crítico, algunas de las acciones de etiqueta llegan a parecer exageradas, tontas o no tan buenas.

Las mundanas

En relación con las acciones *mundanas*, una recientemente publicada y muy vendida «Guía de Buenos Modales» escrita en Venezuela, organiza sus recomendaciones alrededor de los siguientes temas: ser tratado y tratar bien, el mundo privado, el entorno social, las celebraciones, visitas a los enfermos, el duelo, y la mesa (Guevara, 1998).

Su autora insiste en la conveniencia de una «gestualidad apropiada, (de) actos gentiles» que han de practicarse hasta «volverlos naturales», bajo la recomendación general de «prestar atención a su mundo físico y anímico.» Estamos hablando de unas *maneras* tanto verbales como gestuales, de *formas* de realizar arreglos corporales y espaciales, objetuales y personales, que han de llegar a parecer espontáneas, fluidas. Se trata de una atención y una consideración puestas a la disposición de un *aparecer o presentarse* ante sí mismo y el otro.

En cuanto al cuerpo o apariencia personal, se sugiere discreción y aseo para no «herir» los sentidos del otro, aprovechando «el encanto que cada cual tiene.» Lavado de manos, baño del cuerpo, cepillado de dientes, son obligatorios no sólo para repeler bacterias y otros bichos, sino, quizás más importante aún, para no desprender malos olores, ofensivos a la nariz del otro. La ropa limpia y planchada busca agradar a la vista. La moda pasajera es condenada, por lo que se invita a no dejarse influenciar por ella. Van otras recomendaciones:

«Por nada del mundo use el pañuelo de la gripe para limpiar el sudor de la cara» (p. 14).

«Ponga atención, aunque algo le guste mucho, no lo use si lo desmejora» (p. 16).

«Las medias de nylon rotas constituyen un espectáculo decadente, al igual que las medias caídas, en el caso masculino» (p. 17).

Las sugerencias se extienden hasta la casa, para cuyo arreglo se requiere «gusto» más que dinero, pues

«...no importa cuán humilde sea nuestra vivienda; tengamos como una de nuestras prioridades su arreglo y mantenimiento (...) los cuidados deben extenderse a la fachada, las ventanas exteriores y la puerta principal (...) una buena planta halaga su hogar (...) no caiga en la infamia de sustituirla por flores o plantas de plástico (...) si no dispone de suficientes medios para adquirir trabajos de artistas reconocidos, no adquiera reproducciones al óleo de pintores clásicos» (pp. 19, 20, 25).

Se exige limpieza en baños y cocina, así como niveles adecuados de temperatura, ventilación y sonido, seguramente por su papel en la salud de las personas; se recomienda:

«...no saturar su ambiente con cacharros inútiles (y) seleccionar con sensibilidad (pues) abundan las malas imitaciones; (se sugieren en cambio) objetos agradables a la vista y bien terminados (además de) genuinos (...) autóctonos (y de materiales de los llamados nobles: madera, piedra, arcilla y vidrio)» (p. 25., paréntesis nuestros).

La guía en cuestión sigue ampliando su ámbito de sugerencias hacia la calle, el trabajo y hasta los teléfonos celulares:

«No transite por las calles con equipos de música encendidos» (p. 50)

«(En el trabajo) Ejerza la discreción en todo momento. No trate de llamar la atención con su traje, sus gestos, su tono de voz» (p. 53).

«Es de rigor apagarlo (el celular) antes de entrar al recinto de un espectáculo público» (p. 67).

Se valora y sugiere una belleza discreta («sobriedad y sencillez») limpia, funcional, *natural*, adjetivos que contribuyen al agrado de sí y del otro, a la «alegría»; ¿virtudes burguesas y cristianas? Estamos ante una mundanidad pautada, controlada, que privilegia lo natural y lo higiénico. Se recomienda una atención ligera hacia los objetos, no su contemplación

detallada y arrebatada. El sujeto mantiene su cordura, percibiendo al objeto sólo por instantes, quizás mientras lo usa o lo limpia.

¿Qué hacer ante quienes no tengan esos modales? Si se sienten tan naturales, quizás no se cuestionen y provoque desagrado y hasta asco el percibir a alguien que no los practique (Bourdieu, 2000). ¿Será una visceralidad ideologizada, una exclusión no consciente? ¿Es una belleza o un agrado muy merecidos por cierto, pero que pueden tornarse perversos; formas placenteras *inexplicables*, *espontáneas*, capaces de generar exclusiones también inexplicables y espontáneas? ¿Por qué una planta artificial es despreciable y la imitación de un objeto de arte denota insensibilidad?

El manual de etiqueta contemporánea aludido, probablemente descienda del decimonónico y muy famoso Manual de Carreño, venezolano también, el cual condensa valores propios de la modernidad en sus dos caras: romántica y positivista; caras contrapuestas en los discursos filosóficos, científicos y académicos en general, pero fundidas en la cotidianidad. Así, encontramos en este Manual exaltaciones al orden, la exactitud, la verdad y el método (cualidades positivistas) y simultáneamente al honor y la nobleza (virtudes románticas), en pos de promesas de paz y felicidad.

El texto de Carreño está imbuido de catolicismo, como corresponde a la modernidad latinoamericana, al punto que a propósito del aseo corporal se cita un texto llamado «Catecismo de la salud». En este espíritu se afirma que:

«...la dignidad personal, los modales suaves (...) el aseo del cuerpo que revela en el hombre la candidez del alma, la sobriedad y la templanza, la discreción y la prudencia (...) complacer y jamás desagradar a los demás, refunde todas las reglas de la cortesanía (...) un elevado sentimiento del honor (...) una firme adhesión a la verdad (son) caracteres esenciales que distinguen al verdadero caballero» (Carreño, 1853 / 2001, pp. 5, 6, 7).

«Así como no debemos nunca entregarnos al sueño sin alabar a Dios y darle gracias por todos sus beneficios, lo que podría llamarse asear el alma (...) tampoco debemos entrar nunca a la cama sin asear nuestro cuerpo» (Carreño, 1853 / 2001, p. 19).

Podría decirse que Carreño no se ocupa de la decoración sino del decoro: para él la formalidad tiene un sentido más moral que estético. En contraste, siglo y medio después, la Guía escrita por Guevara se detiene prolijamente ante detalles como copas (10 tipos), cubiertos (6 tipos) y ubicación de platos y comensales; y dedica la cuarta parte del libro a las celebraciones, principalmente a las bodas. ¿Es eso discreto, humilde e higiénico como los valores que la misma Guía predica? ¿Tendrá todo ciudadano hoy día acceso a tanto manjar que amerite el despliegue de tal batería de vasos, copas y cubiertos?

Estos matices entre ambos compendios también se observan en las recomendaciones para el arreglo de la casa. Mientras que para uno es importante la decoración:

«...antes de colocar fuentes ornamentales romanas o columnas dóricas truncadas (...) indague por ejemplo acerca de la buena artesanía con algún conocedor en la materia» (Guevara, 1998, p. 25).

Para el otro lo fundamental es la preservación del pundonor:

«...guardémonos de incluir en ellos (los cuadros) los que contengan efigies de personas mal cubiertas con actitudes contrarias a la honestidad y la decencia» (Carreño, 1853 / 2001, p. 49, paréntesis nuestro).

Otras acciones bonitas parecen a simple vista más naturales y menos cuestionables, a pesar de que muchas, sino todas ellas, se encuentran también escritas en los manuales de buenas maneras, buenas costumbres o urbanidad (al fin y al cabo lo urbano como espíritu se refiere a la convivencia con el otro, con la norma); serían por ejemplo, además de andar limpio y planchado, saludar (dando los *buenos días*), mirar al interlocutor, escucharle, no interrumpirle, pedir permiso, o no subir el volumen de la voz; modales éstos por cierto cada vez menos ejercitados.

Las sublimes

Si se desplaza la atención hacia las acciones bonitas no tan mundanas, hacia formas un poco más *sublimes* (aunque siempre susceptibles de cursilerías cuando se anuncian pero no se sienten genuinamente o cuando se dicen en términos convencionales o trillados),

se encuentra uno con la amistad, la solidaridad o el enamoramiento. De nuestras conversaciones con varias personas sobre las cosas bonitas de su vida, escogemos algunas expresiones (identificamos a cada interlocutor con una inicial):

«*Algo bello... el concepto de solidaridad.*» (I)

«*La amistad sincera es bella... suena un poco cursi pero...*» (C)

«*Me enamoré verdaderamente (...) me casé enamorada (...) muy ilusionada, muy bonito todo*» (M)

Por el contrario, las malas acciones se califican de feas, horribles, desgraciadas y desgraciantes, dolorosas, egoístas, destructivas. Algunas de ellas son la traición, la mentira o la envidia.

Muchas acciones bonitas por buenas, tienen matices cristianos: la ayuda al prójimo, la contemplación de la naturaleza como obra divina, no envidiar ni desear mal al otro; y por supuesto el constante agradecimiento a Dios. Ya se dijo que lo bueno apareció primero en el latín (*bonum*) y que lo bonito (*bellum*) vino después como su diminutivo, que significa literalmente, buenito (Marina y Penas, 1999).

En la plática de (E) se condensan bellezas creadas por Dios quien las «*lleva de su mano*» en una exclusión explícita de las bellezas externas, efímeras, terrenales o corporales, con la notable excepción de las bellezas creadas por la naturaleza:

«*Para mí la belleza es... no desearle mal a nadie. Estar en paz contigo mismo, darle gracias a Dios todos los días por lo que tenemos, eso es la belleza... no envidiar (...) la belleza no es algo que está en la parte física (...) tú eres bella porque tienes una belleza interior, pura (...) Para mí la belleza es... el parame todos los días y contemplar este sol radiante... contemplar los pájaros, este... vivir (...) yo no le doy mucha importancia a lo material... yo no amo lo material (...) yo no amo nada que no tenga vida.*»

Nuestra entrevistada no se atribuye belleza física e insiste, abnegadamente, en la belleza interior, bendita por Dios:

«Yo soy un ser que no tengo atributos de belleza física; pero creo que dentro de mí... yo tengo un gran amor hacia Dios, hacia mis hijos, hacia los demás.»

Las palabras de (E) coinciden con lo que nos mostró de su vida. Habíamos acordado el encuentro en su casa y allí nos recibió sin maquillaje, vestida con un mono un tanto desteñido, cuya parte superior llevaba al revés. La casa estaba en pleno proceso de limpieza.

Sus verbos hacen clara referencia al actuar *buenito* para lograr una armoniosa relación con el prójimo; y aunque ella no le da importancia a la etiqueta, coincide en su intención con los manuales de urbanidad o civilidad en hacer más llevadera la convivencia:

«El perseverar, el amar, el no odiar, el perdonar (...) y en sí, la belleza son todas las acciones que te conllevan a ti a llevar una vida en común con tus hijos, tu familia y tus semejantes.»

Hay belleza en momentos tanto de alegría como de dolor:

«Para mí hay tantos momentos bellos como el nacimiento de mis hijos (...) porque es darle vida a otra vida (...) eso no quiere decir que a veces no tenga algo de sufrimiento (...) a veces Dios nos pone en el camino... estas pruebas (...) ahí también está la belleza de la vida.»

Quisiéramos comentar el extremo cuidado que (E) concede a la elaboración de su «Nacimiento». Nos ha dicho que resta importancia a *«lo material»* y entendemos que al ornamento. Pero para ella el pesebre tiene un valor de ofrenda religiosa. Desde inicios de año comienza a idear y preparar su montaje navideño, el cual termina ocupando un espacio significativo de su casa, con piezas elaboradas por sus propias manos.

«Cuando se monta El Nacimiento (...) yo centro todo en la belleza que le voy a dar a eso, en la espiritualidad que le voy a dar a eso (...) es algo que me llena mucho... por dentro (...) es como una ofrenda que le hago yo a Dios por tantas cosas buenas que me ha dado.»

(E) estudió artes plásticas y se dedicó a su enseñanza. Entrega lo que sabe y lo que hace en gratitud a Dios y como consuelo para quienes lo necesiten. Ella enseñó en «*barrios marginales (...) peligrosos (...) en cárcel abierta (...) en rehabilitación de prostitutas (...) en el instituto de salud mental x (...) con niños excepcionales. Y esa vivencia (...) me dio grandes satisfacciones en la vida.*»

Las acciones mencionadas anteriormente lucen bonitas porque son buenas. No obstante, según otras posturas (Santayana, 1955), una acción puede verse bonita gracias a su expresividad, a su capacidad de sugerir sensaciones, sentimientos y pensamientos placenteros para quien la aprecia y/o la actúa. Entonces, al contrario de lo que dice la lengua latina, la belleza viene primero, pues algo se siente bueno después de ser experimentado como bonito. Así lo atestigua otro de nuestros entrevistados:

«*Las mujeres la pasan bien en la peluquería (...) salen contentas porque se ven bellas.*» (R)

La moda

La palabra moda viene de *modo o manera* y su significado se ha restringido a aquellas maneras o modos nuevos, recientes; de allí que la palabra moderno se use en sentido opuesto a antiguo. La moda es intrínseca a la modernidad, al presente-futuro que dejó atrás lo viejo. Ser moderno implica estar al tanto de lo novedoso, de lo recién salido al mercado: ideas o indumentarias, decoraciones, pesos o medidas corporales, vocabularios, lugares o música.

Pero estar actualizado pasa a veces por reeditar lo pasado, como cuando se retoman estilos de otras épocas confeccionados con los «toques de hoy.» En los días que corren hay una tendencia aún más radical en esa actualización del pasado: la llamada moda *vintage*, que se caracteriza por poner en circulación piezas originales y muy cotizadas de hasta un siglo de antigüedad.

El tema de la moda tiene adversarios y partidarios, como todo tema importante, y ha motivado preguntas como ¿es la moda un derecho o una desgracia, una opción o una imposición? Los adversarios han sido tildados de gente preocupada por las coacciones, ideologizaciones y consecuencias nefastas de la moda. Por el contrario, los partidarios son

considerados seres superficiales, ligeros (aunque algunos diseñadores se declaran académicos, artistas, arquitectos de la moda). Sin embargo, una defensa de la moda como tema casi impostergable para los pensadores de lo social-cultural, ha sido esgrimida por una persona muy seria: Lipovetsky (1990).

La moda es para Lipovetsky una característica de las sociedades modernas, un derecho por ellas adquirido, esencialmente vinculado con la centralidad del individuo y su constelación de significados: posibilidad de decisión, democracia, confort, felicidad, estabilidad, paz. La moda implica opción, cambio, progreso, continuas negociaciones entre lo colectivo y lo personal, entre lo que se pauta y lo que me conviene o me gusta.

Pensarla en estos términos resulta más enriquecedor para la comprensión del mundo donde vivimos que despacharla de la discusión argumentando que es una maldición, que es asunto exclusivo de espacios y actores fútiles como la calle, el hombre y la mujer común, las tiendas y los anuncios comerciales, las revistas que se venden en los kioscos, y las conversaciones tontas. Al fin y al cabo todos ellos forman parte de nuestra cultura, nos agrada o no.

En el mejor de los casos todas estas *superficialidades* son explicadas, simplificándolas, como productos de procesos de difusión de distinciones o exclusividades elitescas, que son apropiadas más o menos rápidamente, más o menos con calidad, por parte de estratos inferiores de la población: del primer al tercer mundo, de los ricos a los pobres, de los ciudadanos a los pueblerinos, con su correspondiente degradación o popularización. Esta es la tesis de Bourdieu (la distinción), considerada por Lipovetsky como una de las interpretaciones posibles, mas no la única, para efectos de entender el fenómeno moda.

Lo que está de moda tonifica los ánimos, hace sentir felices a sus portadores, pues están *en algo, in*, entre los triunfadores, exitosos, bonitos, exquisitos, espectaculares y cuanto adjetivo maniaco o anfetamínico esté a la mano. En cambio, lo pasado de moda es cursi, triste, hace sentir excluidos a sus portadores, *out*, por tanto perdedores, fracasados, feos y otros adjetivos degradantes.

Al respecto, (H) nos dijo:

«Si no estás en forma, si no estás espectacular, no estás en nada (...) tú te empiezas a hacer la comparación (...) ves unos cuerpazos y empiezas a preocuparte (...) la competencia es muy fuerte (...) hay una parte allí de autoestima, de sentirte bien, más conforme contigo mismo (...) me encanta la gente que se cuida (...) los hombres depilados se ven espectaculares.»

La moda como imposición parece acabar en la cursilería, en el *kitsch* entendido como copia (aunque cueste mucho dinero) que se usa y se expone porque sí, porque es lo que está de moda, porque es lo que llevan los que *están en algo*, el último grito. De tal manera que lo llevo puesto, lo digo, lo canto, lo decoro o lo pienso de una cierta manera, sin detenerme mucho en lo que significa; en cómo esas ideas, lenguajes, vestimentas, maquillajes y gestos, lugares y objetos se acomodan a mí o cómo me acomodo a ellos; si me contradicen, me estrechan o me liberan, si combinan con otras ideas o gestos que siento míos.

Cuando esto sucede la moda se constituye en atropello al individuo, a su particularidad y su posibilidad de crítica, de disenso, de recreación o apropiación de propuestas colectivas o públicas. Probablemente en consonancia con una actitud hacia la moda como opción personal, dice un refrán *«buena la moda si te acomoda.»*

Sin embargo, la cursilería tiene matices importantes: si lo pasado de moda se juzga *externamente*, desde un gusto distinto, luce cursi. Visto desde dentro, *internamente*, desde el portador mismo, quizás él se presienta cursi o inadecuado si se siente excluido, marginado y quisiera sentirse *in*. Pero ese portador podría también verse a sí mismo como diferente, particular, más o menos reflexivamente identificado con otro grupo, otra moda, otros tiempos de referencia y hasta podría vivir su diferencia y disfrutarla. Frida Kahlo, por citar un ejemplo notorio, optó deliberadamente por usar en un entrado siglo XX el atuendo de las campesinas mexicanas del siglo XIX.

Casas y moradas

(M), otra persona con quien conversamos, nos recibió en su casa, que fue construida en los años 40 del siglo XX, lo cual le asegura una fachada hoy de moda entre arquitectos y otros profesionales del arte que

han revivido un cierto «estilo vasco» de la época y sería linda ante ciertos ojos que más o menos pensadamente se acomodan al gusto o tendencia del momento. Las remodelaciones realizadas en su interior hacia mediados de los setenta, son entendidas por (M) como *mejoras*; y sobre ellas habla cariñosamente, haciendo uso de diminutivos:

«...a las paredes se le pusieron los ladrillitos (...) allá afuera se hizo un techito (...) hicimos el murito (...) a este bañito se le hizo la porcelana.»

Estas *mejoras* hechas con tanta *ilusión* pueden ser descritas por un ojo externo de la manera siguiente: unas láminas de yeso ocultan los techos originales a dos aguas y sus vigas de madera; unos rodapiés de ladrillo barnizado de unos 50 cm. de alto sustituyeron a los de madera; una lámina de plástico techó un patio interno; y un arco reemplazó la vieja puerta de vidrio y madera que separaba el salón del comedor. Para quien se apegue a una estética academicista estos cambios podrían más bien perturbar el estilo y la belleza «originales» de la casa. Por ejemplo, materiales de los llamados nobles han sido desplazados por otros fabricados para cumplir funciones puramente utilitarias: el techo de plástico evita que entre el sol o el agua, el rodapié más alto de lo habitual y protegido con barniz, previene a la pared del sucio y la humedad.

Recorriendo la casa, encontramos que el salón ofrece muebles «de estilo» con tapicería ocre y vino tinto (impecablemente cuidada) y madera oscura brillante. Los topes de las mesitas de centro y laterales imitan el mármol, y sobre ellos, a veces mediadas por una carpetica de terciopelo con bordes dorados, concurren numerosas figuras alegóricas: con caras, expresiones, cuerpos, posturas y vestidos que explícitamente remiten a lo que representan: perritos, viejitos, bebés y hasta un buda. Todos están hechos de porcelana y de vidrio con pliegues, ojitos y otros relieves. La alfombra es verde oliva y ocre, con arabescos. Los cuadros tienen marcos dorados y el que ocupa un lugar central por su ubicación y por haber sido el primero en entrar a la casa, es una reproducción de un óleo original.

En el comedor destaca una pared colmada de platos de diversos tamaños, colores y diseños, prolijos en arabescos y dorados. En otra de sus paredes, un tapiz de tela sintética, negro y rojo oscuro representa el rapto de una mujer realizado por un árabe a caballo.

En el cuarto matrimonial, Jesús crucificado protagoniza el espacio. Se le ha colocado sobre un terciopelo rojo con marco dorado y se le ha rodeado de medallones de aspecto antiguo. Las mesas de noche portan sendas lámparas que aún conservan en sus pantallas drapadas el plástico protector. Si se mira hacia la cocina, griegos, chinos y criollos se han dado cita gracias a reproducciones de jarroncitos.

Puede el lector enjuiciar desde su propio gusto. Desde una perspectiva que recomienda la sobriedad y condena las imitaciones (Guevara, 2000), esta casa podría calificarse de cursi. Y desde las tendencias de construcción y decoración «minimalistas» que dictan moda estos días, se trata de un lugar pasado de moda. Pero cuando se intenta comprender lo cursi, es decir, detenerse y adentrarse en él, más que juzgarlo externa y rápidamente, resuena lo que dice Gómez de la Serna:

«Lo primero que se echa de ver cuando se quiere definir lo cursi es que hay dos clases de cursi: lo cursi deleznable y sensiblero y lo cursi perpetuizable y sensible o sensitivo (...) Lo cursi malo es abundar en lo que sin abundancia está bien, empalagar lo que en su dulzura es noble, convertir en zalamería lo que en su conmovedora sobriedad sería un encanto (...) Lo cursi bueno es (...) lo que lo sensitivo es a lo sensiblero. Lo sensitivo no se aprovecha de la ternura, no abusa de ella (...) desde lo cursi se puede suspirar mejor por la belleza y la pasión.» (en Esteva-Grillet, 1992: pp. 111-112).

Desde una perspectiva interior nos preguntamos: ¿cuál es el tiempo y la atmósfera de la casa de (M), de las vidas que en ella habitan y que la han decorado y cuidado? Ese lugar se siente mullido como los brazos de su dueña; de otros tiempos, como sus lentes; envuelve con la misma tibieza de la comida que ella te ofrece y sabe muy dulce como el jugo de frutas que te regala ¿puede entonces esto tildarse de cursi?, ¿será un cursi bonito por sincero y acogedor?

Cuerpos, rostros y peinados

En los días que transcurren, es obvio el interés y hasta la obsesión (la moda) por mantener un cuerpo y un rostro delgados, esbeltos, juveniles, gráciles y hasta frágiles y huesudos. La indumentaria, los accesorios y los peinados así lo exigen, pues son ceñidos, aprietan carnes y caras y

lo que sobra, sobresale abrupta y notoriamente: rollitos, celulitis, arrugas, vellos, etc. El maquillaje, por su parte, exige una arreglada «naturalidad» en tonos y trazos. El peinado tiene la apariencia de un despeinado cuidadoso. Sencillez, naturalidad y delgadez parecen ser las claves de tanta jovialidad.

Al escribir estas páginas, el *look* de los años setenta es de rigor. ¿Años despreocupados, divertidos, sin tanto rollo *hippie* o existencialista? Pareciera que el negro estricto de hace apenas unos dos años, cuando esperábamos el fin del milenio llevando a cuestras un negativo balance de la modernidad y una no menos oscura expectativa del porvenir, ha dado paso a una variada gama de colores (en vestimenta, caras y cabellos) y estampas, a suaves texturas y vistosos accesorios.

Curiosamente, tan intensa preocupación por una figura esbelta coexiste con otra moda: la valoración de la culinaria, la cual muestra un hermoso despliegue de formas de presentación y colores, de sabores novedosos y exquisitos. ¿Tendrá esa paradoja algo que ver con la escalada de anorexia y bulimia que presenciamos en todas las edades y géneros, en vista de que dichos trastornos implican una relación de amor y odio, de seducción y rechazo respecto a la comida?

Las revistas de circulación masiva ofrecen casi por igual oportunidades para comer delicioso y para adelgazar rápido, dinámica que se parece a la bulimia: se come mucho e inmediatamente se devuelve todo lo ingerido para no engordar, ¡cuánta ansiedad! ¡cuánta imposibilidad de disfrute! ¿O es que se disfrutan por igual la comilona y su expulsión?

La mano de Dios

Enseguida nos ocuparemos de dos formas, las santidades y los difuntos, sobre las cuales se ha posado la mano de Dios para dotarlas unas veces de belleza y bondad y otras veces (quizás las menos) de fealdad y horror. Esa mano divina va rodeada de misterio, de lo cual dan fe las infalibles velas, con cuya media luz apenas se entreven sus promesas y amenazas.

Sobre las santidades

La religión católica, que es la que más ha trenzado nuestra cultura latinoamericana, junto con las artes y el mercado, ha puesto a la orden representaciones a escala humana de Jesucristo, la Virgen y los Santos, las cuales pueden contemplarse con ojos a medio camino entre lo celestial y lo terrenal al apreciar la belleza de sus rostros o su vestimenta; pueden también tocarse y por supuesto, están siempre disponibles para que uno converse con ellas ya sea para pedirles o agradecerles un favor:

«Nuestra Señora de la Soledad es una imagen bellísima; ella me ve, me oye; hay compenetración entre nosotras... es una obra de arte.» (Z).

Jesucristo está crucificado, sufriente, clavado. Las vírgenes (aunque digan que es una sola, María) responden a muchos nombres y atuendos: Coromoto, del Valle, Divina Pastora, Chinita; y son todas madres bondadosas. Los santos son numerosísimos y cada uno tiene encargado un papel a desempeñar: san Antonio ayuda a casarse y a recuperar cosas perdidas; san Judas Tadeo se encarga de conseguir casa; san Onofre procura trabajo; san Isidro Labrador cuida las cosechas. El «siervo de Dios» José Gregorio Hernández, como médico que era, cura enfermedades y es

«...más milagroso si está vestido de blanco» (Z).

Una santa renombrada es Bárbara, quien

«...aunque es santa, los brujos la utilizan, la llaman Changó y le ponen una manzana, un vaso de agua y uno de vino» (Z).

Esa escogencia de santa Bárbara por quienes abrazan un cierto tipo de religión más mundana, ¿tendrá que ver con sus hombros desnudos, su pelo suelto y su glamour, los cuales contrastan fuertemente con tanto trapo y recato que viste a otras santas?

La gestualidad de los santos es extática (y no pocas veces estática) o mortificada: la Dolorosa, Cristo o San Sebastián. No recuerda uno haber visto caras sonrientes (o si lo hacen, es sólo ligeramente, a la manera de la Mona Lisa) ni rabiosas, obviamente porque disfrutar y rabiar, como sentimientos terrenales, son pecaminosos.

Quizás con excepción de san Benito y san Martín de Porres, que son «negritos», las imágenes sagradas tienen rasgos caucásicos aunque Jesús, María y José hayan sido medio judíos, medio árabes (de Judea, de Nazaret, de Belén, de Palestina), y por lo tanto puede uno suponer que tenían piel morena (de moro) y rasgos árabes. Parece que el bueno de san Francisco de Asís, en su empeño medieval por acercar iglesia y gente, tuvo que ver con esa idealización europea del trío divino (en los pesebres o nacimientos por él promocionados) y puede uno sospechar que el resto de la corte celestial fue reproduciéndose poco a poco con rasgos similares a los de sus figuras máximas. Tan «natural» ha llegado a ser el Jesucristo europeo, que causó gran impacto (en algunos casos), horror y descreimiento (en otros), la imagen de Jesús difundida por los medios de comunicación en marzo de 2001 cuyos rasgos, reconstruidos por científicos, lo presentaban «como un terrorista árabe» según comentario escuchado; es probable que esa imagen no haya podido romper sino hacer tambalear momentáneamente ocho siglos de imaginería.

En las iglesias, como estatuas o como frescos, además de Cristos, vírgenes y santos, hay angelitos, a quienes los niños deberían parecerse (pues a su vez los angelitos parecen niños) por su cara y por su comportamiento. Los angelitos son blanquitos-rosaditos, gorditos, con cara de buenos y dulces, casi todos del sexo masculino y algunos muestran pequeños «pipís» (las minoritarias angelitas con que nos hemos topado siempre aparecen vestidas). Andrés Eloy Blanco, un poeta venezolano, pedía «píntame angelitos negros»; pero no consta que le hayan hecho mucho caso.

Pues bien, las imágenes religiosas no sólo despiertan devoción sino también admiración estética: sus caras, mantos, sonrisas y miradas son adjetivadas como lindas, dulces, hermosas o sacrificadas. A las mujeres se les puede decir que tienen cara de virgen, a los niños que tienen cara de ángel. A los hombres se les califica religiosamente en mucha menor medida, aunque si son blanquitos, delgados, bonitos y con barba, se parecen a Jesucristo. Las figuras religiosas tienen una suavidad y una expresión afectiva que no van a tono con la idea tradicional de lo masculino, pero es curioso que al mismo tiempo la Iglesia y sus imágenes institucionales estén dominadas por hombres.

Hasta a Dios lo han representado a pesar de las advertencias teológicas. Aparece bajo la forma de un dedo creador, de un ojo o de un señor de barba blanca; aun cuando el único autorizado para ofrecer la imagen de Dios es Jesucristo, ya sea con el corazón en la mano o clavado en la cruz.

Toda esta iconografía está todavía más cerca, más a la mano (literalmente) en los espacios domésticos: en altares, nichos, pedestales o simplemente mesitas, repisas o cuadritos. Es frecuente encontrar «La última cena» en el comedor, un crucifijo en la cabecera de la cama, una virgen en la mesa de noche o sobre el escritorio. No es infrecuente que las figuras religiosas caseras tengan una significación más estética o económica que estrictamente religiosa; las mismas pueden encontrarse en tiendas de antigüedades, de artesanías y también en los tarantines de los vendedores ambulantes; el talante artístico supuestamente va decayendo desde la primera hasta la última versión de estos iconos, pues las figuras de las antigüedades se suponen originales o copias «valiosas» hechas con materiales «nobles» como la madera, el polvo de oro y la pintura vegetal. Las artesanías ya pueden ser seriadas aunque provienen de la mano del artesano y están elaboradas con materiales más accesibles pero nobles aún, como la arcilla o la madera. Por último se encuentran las estatuillas baratas, hechas por máquinas y moldes, por la mano de nadie, y con materiales innobles como el plástico o el yeso. En cada caso, las cantidades en las que están disponibles crecen exponencialmente.

Pero no sólo estamos hablando de figuras tridimensionales; también hay plena disponibilidad de bidimensionalidades, acierto que ha permitido colocar a esas divinidades aún más cerca de uno, pues logran posarse sobre la piel bajo la forma de escapularios (consta que uno de ellos fue visto amarrado al estetoscopio de un médico) y medallitas (a la orden hasta en costosas versiones de joyería); o pueden llevarse en la cartera, bajo la modalidad de estampitas. Tanta disponibilidad facilita y es facilitada por una relación personal con divinidades objetivadas, tangibles.

En este acercamiento a las figuras que ha llevado hasta su posesión por parte de los fieles, se dice que juega un papel importante el encuentro entre romanticismo y catolicismo durante el siglo XIX, encuentro al que se atribuye la feminización y emotividad del rito religioso, el cual habría perdido su sobriedad, su masculinidad y se habría llenado de «floreros, florecitas y velitas» (Boutry, en Furet y otros, 1995: 229). Quizás ese

acercamiento también corre parejo a un proceso de democratización de esta iconografía, que podría tildarse de propaganda religiosa por facilitar figuras, objetos visibles y tocables, que se pueden colocar cabeza arriba o cabeza abajo (como al ya mencionado san Antonio).

Esta *relación* (o *religión*, pues estas palabras podrían aproximarse en etimología, ya que tienen que ver con el ponerse cerca uno de otro) tan alegórica entre gente e imágenes, es defendida por Santayana (1955), por considerarla convincente a la hora de ganar adeptos en vista de la necesidad figurativa que supone en los seres humanos (*ver para creer*), la cual es igualmente evidente en religiones politeístas-naturalistas como la griega o las indígenas. Piedad y belleza se unen, de lo que hasta un santo da pruebas: «...la belleza y el color de las imágenes estimulan mi oración. Es una fiesta para mis ojos» (san Juan Damasceno, imag. 1,27).

La iconografía religiosa no escapa a la moda (nada escapa), prueba de ello es la inundación de «Rosas Místicas» (en otros momentos ha sido la Virgen de Guadalupe o la Milagrosa, por mencionar algunas):

«...virgen que siempre ha existido, pero que últimamente hizo un milagro en Italia y se popularizó... a Galarraga (un famoso beisbolista que enfermó de cáncer) por ejemplo dicen que lo curó ella. Es una belleza de imagen: tiene tres rosas, una blanca, una roja, una amarilla y su presencia se manifiesta por la escarcha» (Z, paréntesis nuestro).

Por estos días se la encuentra en pequeños pedestales sobre las puertas de entrada a casas «acomodadas», en oficinas de profesores universitarios y de militares, en peluquerías y en consolas de casas «humildes.»

Sea cual sea la figura adorada y/o admirada, a ella suelen encendérsele velas; visto que la vela

«es como una ofrenda, una compensación por lo que te va a dar o te dio. Un homenaje. A veces le prendes velas aunque no pidas nada al santo de tu devoción» (Z).

La vela es objeto siempre presente en dedicatorias y velorios (aunque de vez en cuando sean sustituidas por bombillos que las imitan). Por cierto que la palabra vela, según el DRAE, se asocia a *velación* o cubrir con velo; *velada* o fiesta nocturna; *velador* o quien vela, observa o cuida con atención y esmero, por la noche. La vela da una especie de medialuz que permite entrever, sospechar los misterios, las divinidades, la muerte, pero nunca entenderlos del todo. A los muertos se les prenden velas para cuidar su alma y acompañarla solícitamente hasta donde corresponda. Las velas de ofrenda religiosa son blancas, llaman y protegen a los buenos espíritus, espíritus de luz. Las velas negras en cambio, se utilizan para la «magia negra», demoníaca y oscura.

Sobre los difuntos

Otro tipo de figura religiosa que llama la atención por su frecuencia y esmerada atención, es «la casita del muerto», la cual se erige sobre el lugar donde alguien pierde la vida por un accidente automovilístico. Muchas de ellas son arregladas con devoción, se mantienen impecablemente pintadas, con flores frescas, velas encendidas y limpios sus alrededores inmediatos, aunque a escasos metros haya basura, chatarra o monte. Milagrosamente, estas casitas son respetadas por los «malandros», quizás para que el muerto «no les salga.»

A propósito de los muertos, todo difunto (en la medida de lo posible) debe ser preparado para que quede bonito; de allí que sea cuidadosamente vestido, maquillado y peinado, bien por manos cercanas como las de familiares y amigos, o por manos profesionales, incluidas en el contrato con la funeraria.

Hay cantidad de modales recomendados y naturalizados para las circunstancias mortuorias: deudos y visitantes deben vestirse de colores fúnebres o tristes, como el negro, el morado y el marrón; el blanco se permite, aunque en pequeños toques, quizás por ser muy luminoso. Si las mujeres no se maquillan tal vez parezcan más dolidas; en todo caso no está bien visto un maquillaje colorido. La actitud a desplegar ha de ser también sobria, grave: hablar en voz baja, no reírse, caminar despacio, llorar aunque sin «aspavientos» (a menos que se sea muy cercano al muerto; cercanía que coloca en la obligación de llorar para que no digan «ni siquiera lloró»). Hay que demostrar afecto, también comedidamente,

por el finado y sus deudos: decirles lo siento, lo lamento, abrazarlos o al menos darles la mano. Al muerto suele halagársele discretamente: «tan bueno que era.»

En un velorio los sentimientos íntimos, privados (el dolor, la soledad, la desesperación) son colocados en la esfera pública, ante la vista y oídos de mucha gente; no sólo de quienes están presentes en la funeraria, sino también, aunque indirecta o moderadamente, ante aquellos que leen el obituario en el periódico. El obituario se elabora con esmero, atendiendo cada palabra para que transmita el pesar que se siente y para que no se olviden los nombres de los deudos (hay problemas cuando alguien queda fuera o dentro de la lista sin merecerlo); ocupándose también de detalles como la foto del fallecido, un acróstico o un poema y eligiendo el dibujo que encabezará o enmarcará el aviso: una cruz, un arabesco *nouveau*, el logo de la empresa o una línea recta.

Los velorios constituyen quizás la única oportunidad que subsiste para reunirse o encontrarse sin ser invitado y puede ser la ocasión para que los familiares y los amigos olviden viejas rencillas, perdonen ofensas, recuerden viejos tiempos y se hagan promesas.

Ya puede enviarse el pésame por correo electrónico a direcciones provistas por las funerarias. Está bien visto que se envíen flores, pero en forma de cruz o de coronas (ambas formas aluden a Cristo) y hasta existen una flor y un árbol que suenan a cementerio: el «clavel de muerto» y el «sauce llorón», considerados pavosos por los vivos.

El cortejo fúnebre también debe planearse y hay quien se fija en lo elegante de los automóviles que lo conforman y en lo bien o mal uniformados que están los choferes. Usualmente los enterradores ponen la nota discordante, pues no se han vestido ni se comportan con la sobriedad que se espera. La cremación, práctica reciente entre nosotros, y por lo tanto muy *chic*, permite llevarse al deudo y esparcir sus cenizas según hayan sido sus deseos.

Antes de dejar al muerto descansar en paz y terminar con el terror que suscita el escribir con descaro sobre la muerte y los difuntos, nos detendremos en el cementerio: los más tradicionales aún mantienen figuras con motivos luctuosos: vírgenes afligidas, ángeles tristes, cristos

moribundos; los más «modernos» de inspiración «gringa» muestran su césped y sus floreros llenos o vacíos; aunque tanta sobriedad se ve interrumpida de vez en cuando por una fotografía, un epitafio o unos juguetes sólicitamente colocados sobre la tumba de un niño. Parece que no podemos prescindir de los adornos, que consideramos asuntos esenciales de la vida y parte integrante de su portador.

Para cerrar estas páginas

Queda por decir que algunas formas bonitas de la cotidianidad han sido traídas hasta acá por intermedio de la palabra, recurso que a la vez registra, destila y modifica la experiencia. Dichas formas existen gracias al concurso de los sentidos, las manos y el sentimiento; por obra y gracia de la sensibilidad, la imaginación y la conciencia emocionada; del cuerpo y el alma. Por ser formas se encuentran siempre materializadas, son variadas, multicolores y mantienen ricos vínculos con afectos paradójicos, invariablemente confusos, difíciles de definir con palabras. A esas bonitas formas, devotamente elaboradas, cuidadas y contempladas por el hombre y la mujer común, debemos que la vida ordinaria se transforme aunque sea por instantes, en vida extraordinaria, especial, festiva y trágica; como dice Santayana (1955) el *Everyday* se torna *Holiday*.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Carreño, M. (1853 / 2001). *El manual de Carreño*. Caracas: El Nacional.
- Fouret, J. F. y otros. (1995). *El hombre romántico*. Madrid: Alianza.
- Gadamer, H. G. (1977). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- Garagalza, L.. (1990). *La interpretación de los símbolos*. Barcelona: Anthropos.
- Guevara, M. (1998). *Guía de buenos modales*. Caracas: El Nacional.
- Lipovetsky, J. (1990). *El imperio de lo efímero*. Barcelona: Anagrama.
- Marina y Penas. (1999). *Diccionario de los sentimientos*. Barcelona: Anagrama.
- Ricoeur, P. (1992). *Hermeneutics and the Human Sciences*. Cambridge University Press.
- Santayana, G. (1955). *The Sense of Beauty*. New York: Random House.
- Zubiri, X. (1993). *Sobre el pensamiento y la volición*. Madrid: Alianza.